

Microscopías (El Cosmos en un bolsillo)

Número 6 – Junio 2017

Wikipedia dice (y si ella dice...)

Augusto Roa Bastos (Asunción, 13/6/1917-26/4/2005) fue un escritor, periodista y guionista paraguayo. Está considerado como el autor más importante de su país y uno de los más destacados en la literatura latinoamericana. Ganó el Premio Cervantes en 1989 y sus obras han sido traducidas a, por lo menos, veinticinco idiomas.

Producida en su mayor parte en el exilio, la obra de Roa se caracteriza por el retrato que hace de la cruda realidad del pueblo paraguayo, a través de la recuperación de la historia de su país y la reivindicación de su carácter de nación bilingüe (el idioma guaraní es lengua oficial) y la reflexión sobre el poder en todas sus manifestaciones, tema central de su novela *Yo el Supremo* (1974), considerada su obra maestra y una de las cien mejores novelas del siglo XX en lengua castellana, según el periódico español *El Mundo*.

Su producción consta de seis novelas, once libros de cuentos (tres de ellos infantiles), dos poemarios, seis obras de teatro y una infinidad de antologías. Formó parte del “boom” latinoamericano, aunque siempre fue crítico con el carácter comercial de las editoriales.

ELEGÍA DE LA PENA SORDA

Quiere un crecido viento
saturado de espinas
esculpir sus murallas en mi frente,
junto al silencio recostado en sombras...

Un viento que era ayer por los jazmines
ruiseñor del suspiro,
música del aroma,
nombre de la alegría...

Pero tú vienes,
llegas y traspareces
en el asombro de mi voz de luto...

Suena tu voz a lluvia en mis vertientes.
Un cacto erige en sus espinas últimas
tus ojos ya sin luz y sin recuerdos.

Por mi fatiga fraguan su emboscada
tibios oleajes que en tu busca ondulan
embravecidamente en las arenas.

Sólo tú me perduras
en insaciable borbotón de acoso
por los acantilados de mi angustia.

Y si tu voz ya suena a lluvia, a nube,
a olvido cierto en la aridez del alma,
a cicatriz de antigua agorería,
a eco sin eco, a mineral yacente,
y más y más te pierdo, recupero
cada vez más tu rostro en mi nostalgia
hecha un jazmín doliente,
cuna mortal y en sombras
de tu inmortalidad resplandeciente...

Augusto Roa Bastos, del libro
El ruiseñor de la aurora, y otros poemas (1942)

Chivos, Canjes y Recomendaciones

martolinares.com

IMPRESA



FOLLETERIA - CATALOGOS INDUSTRIALES
ETIQUETAS AUTOADHESIVAS
TRABAJOS ESPECIALES CON PERFORADOS
Y NUMERADOS
SOBRES ESPECIALES
CARPETAS - PAPELERIA COMERCIAL
FACTURAS Y FORMULARIOS
AUTORIZADOS POR DGI

Nahuel Huapi 5804 - Villa Urquiza
(alt. Av. Constituyentes 5300)
Telefax: 4571-1856
morongrafica@fibertel.com.ar

Agradecimientos:

Mirta Graciela **D**omínguez, Ileana
Gómez **G**avinoser, Mónica
González, Ana Emilia **S**ilva,
Gustavo **D**'Orazio,
SADE Tres de Febrero
Edición, selección y compilación
de textos: Martín **L**inares

En breve habrá que buscar
en



El fondo

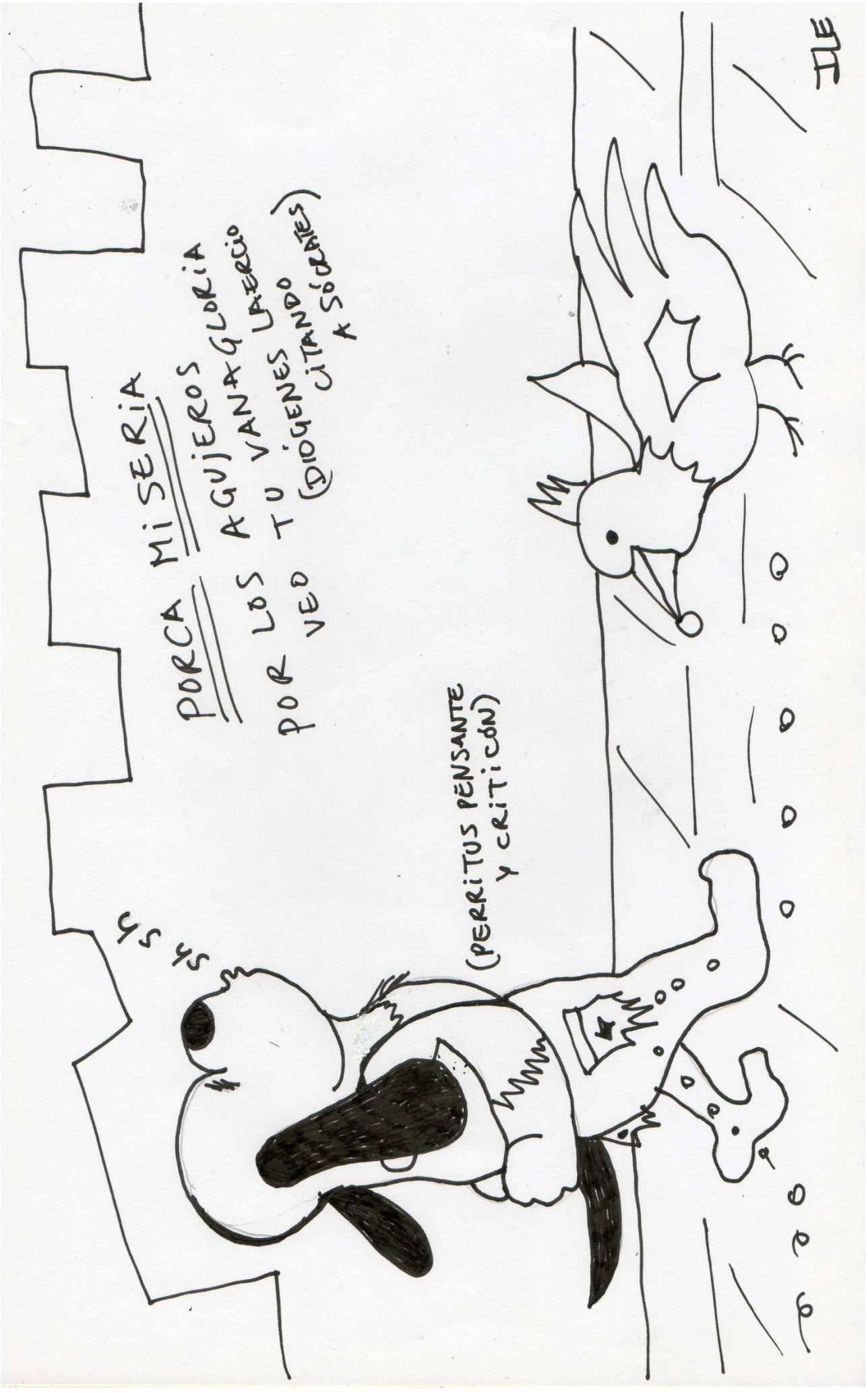
de la olla (estate atento)



Taller Literario Sueños y Letras – Coordinado por María Laura Castro
Sábados 14:30 horas – Biblioteca Popular Ciudad Jardín
Boulevard Finca 6579 - Teléfono 4751-2111

www.microscopiasblog.wordpress.com

Para comunicarse con el editor, publicitar o arrimar
textos: microscopias@gmail.com



Perritus pensante - Por Ileana Andrea Gómez Gavinoser

El Pancho y la Coca (difusión de textos inéditos)

Tú me gustas

Terminamos de comer, recojo los platos y paso un trapo húmedo sobre el hule. Saco los cuadernos y la cartuchera. Hago los deberes. Afuera llueve. Cada diez minutos se escucha la estufa a gota descargar el kerosene. Es el único sonido en la cocina. Mamá está haciendo las camas.

Una vez que termino, ella revisa la tarea. Recién entonces estira el brazo hasta la caja de madera que está sobre el estante, arriba de la mesa. Espero la risa, que me dice que son más de las dos y él ya está. Su risa de anolis es aspirada. Es como si tomara la felicidad y con ella se llenara la panza, entonces la panza se le pinta de colores. No es una risa para afuera, es como que se come el aire, como si un gorjeo pasara por su garganta y se convirtiera en alegría.

Quizá hoy ponga a Gabilondo Soler, para que *Don Ditirambo Farfulla* me cuente que la edad *Media con teléfono* hubiera sido la edad completa o quizá Cri Cri me advierta que no es bueno respirar cuando el viento sopla desde el sur *porque el aire del pantano es venenoso y huele a ranas despeinadas*

El año pasado, leyó un capítulo por día de, *El Principito*. Durante esos meses, esperaba la hora de su lectura como el Principito esperaba al Zorro. Creo que el Negro me tiene domesticada. Este año me lleva a recoger las *Doradas manzanas del sol*, pero eso será después de las cuatro.

Algunas tardes mamá dice: “Hoy el negro vino con pocas ganas de trabajar”. Esas tardes, lee de un tirón toda la publicidad y luego, pone por ejemplo “*Canto Monumento*”, que dura dos horas. Y entonces, las paredes de la cocina se desvanecen, y yo voy cabalgando junto al General Paz, el manco Paz, aquel a quien “de plomo fue la gineteta que el destino le colgó”. Otras tardes pone “*El Romance a la muerte de Juan Lavalle*”. Pasarán unos años hasta que yo descubra *Sobre héroes y tumbas*, y reencuentre entre sus hojas las tardes de invierno en la cocinita de mi infancia.

Ayer estuvo en el estudio una mujer que canta boleros. Mamá me dijo que es muy famosa. Se llama Olga Guillot. Tiene una voz muy musical, muy alegre. En un momento ella le dijo “Oye moreno, tú me gustas”. Fue la primera vez que escuché a una mujer decirle a un hombre “Tú me gustas”. Fue raro, mamá me dice que es cubana. La imagino morena, con los labios muy rojos, mirando fijo al peruano, diciéndole... “Tú me gustas”.

Se escuchó un silencio. Y después la risa juguetona del negro, su risa. Pero sonó distinta. Es que el negro se había puesto como un anolis, se le había hinchado la papada y era ahora verde brillante. El negro había mutado de color. Y su risa me lo decía. Me transmitía los colores por los que estaba pasando.

Yo aún no lo sabía, pero ese día decidí ser un anolis. Como ellos. Decidí mostrar mis colores, mi colorida papada, reír musicalmente y murmurar “Tú me gustas”. Yo aún no lo sabía, pero muchos años después, descubriría que también se puede ser una anolis desde el silencio, ocultando la papada verdosa y la piel naranja, guardando los “Tú me gustas” para desgranarlos en cuentos

In memoriam, Hugo Guerrero Marthineitz

(Lima, 11 de agosto de 1924 – Buenos Aires, 21 de agosto de 2010)

Mónica Ernestina González nació en San Martín, en 1960. Egresada de SADE – Tres de Febrero – Buenos Aires, Argentina. Es narradora y poeta. Ha coordinado talleres literarios con el auspicio por la Oficina de Letras de la Municipalidad de Tres de Febrero.

Ha recibido menciones en Concursos Literarios de San Isidro, Tandil, La Plata, Tres de Febrero y Merlo, Provincia de Buenos Aires, en Corpus, Misiones, en Distrito Federal México y en Málaga, España.

Historias microscópicas

Súplica

Duermes.
Agazapada detrás del espejo,
aguardas el instante preciso.

¡Suerte!
¿Quién te ha condenado a serme esquivia?
Despierta.
Atiende mi llamado.

Gustavo D'Orazio

.....

Tigres

El tigre cebado se lamenta de no encontrar barbero
que le atuse los bigotes.

Adolfo Bioy Casares

.....

Calidad y cantidad

No se enamoró de ella, sino de su sombra. La iba a
visitar al alba, cuando su amada era más larga

Alejandro Jodorowsky

EL SUICIDA

Enrique Anderson Imbert (Argentina, 1910-2000)

Al pie de la Biblia abierta –donde estaba señalado en rojo el versículo que lo explicaría todo– alineó las cartas: a su mujer, al juez, a los amigos. Después bebió el veneno y se acostó.

Nada. A la hora se levantó y miró el frasco. Sí, era el veneno.

¡Estaba tan seguro! Recargó la dosis y bebió otro vaso. Se acostó de nuevo. Otra hora. No moría. Entonces disparó su revólver contra la sien. ¿Qué broma era ésa? Alguien -¿pero quién, cuándo?- alguien le había cambiado el veneno por agua, las balas por cartuchos de fogueo. Disparó contra la sien las otras cuatro balas. Inútil. Cerró la Biblia, recogió las cartas y salió del cuarto en momentos en que el dueño del hotel, mucamos y curiosos acudían alarmados por el estruendo de los cinco estampidos.

Al llegar a su casa se encontró con su mujer envenenada y con sus cinco hijos en el suelo, cada uno con un balazo en la sien.

Tomó el cuchillo de la cocina, se desnudó el vientre y se fue dando cuchilladas. La hoja se hundía en las carnes blandas y luego salía limpia como del

agua. Las carnes recobraban su lisitud como el agua después que le pescan el pez.

Se derramó nafta en la ropa y los fósforos se apagaban chirriando.

Corrió hacia el balcón y antes de tirarse pudo ver en la calle el tendal de hombres y mujeres desangrándose por los vientres acuchillados, entre las llamas de la ciudad incendiada.



Sonoridades de la lengua

Hoy: Bomarzo, Manucho y Ginastera

Pier Francesco Orsini, hijo de una familia de *condottieri* (guerreros mercenarios al servicio de los gobernantes de los estados italianos desde finales del medioevo hasta el siglo XVI aproximadamente), fue un duque de la Italia renacentista. Poseía gran cultura y sabiduría, pero tenía una condición particular: un cuerpo deformado, giboso y cojo, pero con un rostro agraciado y unas manos suaves y bellas. Sufrió la comparación continua con sus hermanos, que llevaban la vida que él no pudo permitirse y que sin embargo, ansiaba.

El libro de **Manuel Mujica Lainez** despliega una visión cínica y objetiva de los manejos de la política y del poder, de la psicología de quienes lo ejercen. Narra el culposo acceso de Pier Francesco a la condición de duque de Bomarzo, su boda con Julia Farnese, y la obsesión por conseguir descendencia, que le hace responsable de unos actos abominables; sus tratos con amantes (de uno y otro sexo), con artistas, nigromantes y las demás familias de poder.

Víctima de una vida tortuosa, Orsini tiene pesadillas recurrentes y entremezcla lo onírico y lo real, narra la progresiva soledad al envejecer y el empeño obsesivo en plasmar sus múltiples pesadillas en las rocas de su bosque, en Bomarzo, en un lugar conocido como el Bosque de los Monstruos.



Orco (figura central del Parco dei Mostri)

Alberto Evaristo Ginastera (Buenos Aires, 11 de abril de 1916 - Ginebra, 25 de junio de 1983) fue un compositor argentino de música académica contemporánea, considerado uno de los más importantes del siglo XX en América Latina.

Encantado por la obra de Mujica Lainez y después de un viaje iniciático que lo llevara al pueblo de Bomarzo, en la provincia de Viterbo, Italia. Decidió componer una ópera, cuyo libreto fue adaptado por el mismo *Manucho*. La obra fue estrenada en Washington, el 19 de mayo de 1967. El estreno

previsto en el Teatro Colón de Buenos Aires fue suspendido por el gobierno *de facto* de Juan Carlos Onganía y prohibido por decreto debido a que "el argumento de la pieza y su puesta en escena revelan hallarse reñidos con elementales principios morales en materia de pudor sexual". El estreno argentino pudo realizarse recién en 1972.

M.L.

Reseñas de la LIJ

El pueblo que no quería ser gris. Texto Beatriz Doumerc, ilustraciones Ajax Barnes. Buenos Aires, Colihue 2015 (Colihue tal para cual).

Recomendado para lectores a partir de los 6 años.

Una tapa con fondo blanco y personajes grises con trazos azules, blancos y rojos, bajo un suelo también gris, reafirman el título del libro.

El texto comienza con la tradicional fórmula de los cuentos de hadas o los cuentos populares: "Había una vez un rey grande..." y la voz del narrador omnisciente relata una historia de poder y distancia. Una historia en la que priman las órdenes emanadas por el despotismo real.

Las dos primeras ilustraciones intensifican el clima de rigidez del relato: un castillo gris, amurallado, amenazante, lejos de todo y la efigie del rey, de mirada dura, rostro inconvencible y coronado por una especie de cerco que lo hace aún más temible.

Este rey mandaba solo por mandar. Por este motivo, un día ordenó que todos pintasen sus casas de gris. El saberse

poderoso lo estimulaba y sus órdenes eran espejo del sinsentido de los que disfrutaban del poder porque sí, sin considerar necesidades, preocupaciones y apetencias del otro.

Las ilustraciones muestran el agobio de una ciudad gris, con casas y habitantes uniformados, sin identidad. Personajes inmobilizados. Ante esta situación, surge la inevitable pregunta ¿los pobladores no se rebelarán? Una paloma roja, azul y blanca provocará un cambio. Al comienzo, solo un poblador quiebra el mandato del gris y motivado, pinta su casa con los colores de la paloma. El déspota monta en cólera, pero no llega a tomar represalias: una a una todas las casas se tiñen de rojo, azul y blanco. Solo el rey permanece pétreo, en su encierro gris.

La situación es imparable. La revolución de los colores avanza y se propaga. Revolución silenciosa, que, con los colores de la bandera de Francia, propaga metafóricamente los emblemas de la libertad, la igualdad y la fraternidad.

La vida no puede encorsetarse, parecen decir, tanto texto como ilustraciones. El color cobra existencia, indica movimiento, cambio y la suma de voluntades da alas para vencer a los déspotas. Porque no querían estar oprimidos, los habitantes de ese pueblo desafiaron las arbitrariedades, hasta derrotar la locura del poder. El rey queda silenciado. Su palabra no puede contra la voluntad popular.

Una paloma tricolor y un habitante que supo verla abrieron la brecha.

Provisto de una trama interesante, con un lenguaje simple pero rotundo, que provoca muchas preguntas, este libro álbum va más allá de la historia que narra. Plantea cuestiones decisivas en la vida de los pueblos: la libertad de decidir, el hartazgo que provoca el poder sin sentido, la expansión de las ideas liberadoras, que al igual que las palomas, cruzan cielos y caminos.

Ana Emilia Silva

Poiesis

Devenir

(Primer Premio en Poesía SADE Tres de Febrero 2016)

En el mismo momento
que me cruzo conmigo
el tiempo se detiene
y te toco mi mano y tú rozas la mía
que es la tuya en otro instante
¿Y sabes?
te veo volver
sin piel ni huesos
desintegrada, vacía
hacia el dormido cuenco
de la tierra
mis pasos continúan
queriendo rescatarte
van al regreso de donde vienes
y donde ya no vas
fugaz instante
donde convergen
nuestros yoes
destejido ovillo
me aferro a tu cabo
para seguir tirando
de tus huesos
de tu piel
y de la vida.

Mirta Graciela Domínguez